



MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN, *Acariciar un poema (Bajo el delirio tecnológico)*, Pigmalión, Madrid, 2026, 108 pp., ISBN 979-1387785611.

Acabo de leer *Acariciar un poema (Bajo el delirio tecnológico)*, de María Antonia García de León. Poco después encuentro en las redes una noticia que no puedo asegurar si es cierta. Decía que en Grecia han situado, junto al mar, separadas por una adecuada distancia, unas arpas de viento que harán que la brisa se convierta en música. También darán luz.

Como todavía tengo presentes en mi pensamiento las fórmulas, citas, consejos y críticas que la autora nos ofrece en su último libro, una *Ars lirica* muy particular, inmediatamente evoco la romántica metáfora del arpa eólica, símbolo de la inspiración poética y la conexión entre naturaleza y espíritu, e imagino al viento acariciando con sus manos el arpa que habita el alma del poeta.

Poeta es la autora de *Acariciar un poema*, una prestigiosa socióloga que dedicó tres décadas de su vida a analizar las estructuras de la sociedad. Durante años su palabra estuvo al servicio del lenguaje académico, hasta que, una vez superada la frontera de las citas a pie de página, cambió su manera de respirar, encontró el lenguaje de la libertad, buscó refugio en el silencio, dejó que el viento rozara su alma y, con la misma concisión y exactitud que requiere la actividad científica, se dispuso a esclarecer los misterios de la vida.

Desde su yo más íntimo —su “soy tú”— comenzó a percibir el mundo a través del cristal de la poesía. Y se hizo la música. Música de palabras, unas elegidas con plena conciencia, otras que se entregan libremente; regalos del subconsciente, piezas únicas que forman los pilares de una singular estructura, un talismán cargado de verdad, un cielo protector.

María Antonia mira al cielo, ve pasar las nubes, cada mañana detiene su mirada en las ramas del árbol que casi alcanzan su ventana, o en el mar que atisba desde su torre, y escribe aún sin querer. Fiel a Tomás Segovia, para quien la poesía es “convertirse en mirada”, observa la realidad, cada detalle; la siente, la analiza, la escribe. Fiel a Octavio Paz, “transforma la vida en poesía”.

Ajena a los desmanes del delirio tecnológico, al coro de vociferantes que llenan los oídos de groseros infundios, banales sucesos y las más irrelevantes primicias, ella se rinde a la poesía, pone en valor el poder de la palabra: logos, belleza y amor. Hila nombres, pronombres (nunca el “se”), verbos, adverbios, algunos adjetivos (los indispensables), nada de conjunciones, ni relativos; elige, pule, desecha, acaricia palabra por palabra; deja que los versos encuentren su cadencia —“es el tono, es el tono”, dice—, y su lugar: aquí una viga, y otra, ahí

una columna, y otra, hasta que crea una bella y firme estructura, una imagen nítida que posee su propia melodía.

¿Y el sentido? ¿De dónde proviene el sentido? El sentido viene de lo que sabe, y de lo que no sabe que sabe; la mano del viento alienta su instinto poético y hace vibrar cada una de las cuerdas de su arpa creando sonidos que evocan recuerdos, pensamientos, sentimientos, sensaciones nuevas y olvidadas en el tiempo. Así, de manera misteriosa, surge la magia, el poema, con sus mensajes decisivos o sutiles, claros o enigmáticos, fruto del compromiso, la experiencia, la responsabilidad, la vivencia sincera y natural.

Tras escribir, siempre con devoción y disciplina, varios libros de poesía que ella considera una auténtica autobiografía lírica, descubrió un nuevo afán: analizar los secretos de la creación poética, cómo despertarla, cómo encauzarla, pero sobre todo, cómo crear, moldear y pulir cada palabra, suspiro a suspiro, entre silencios.

Así lo hace en este libro, discreta en sus juicios y resuelta en la defensa de sus argumentos avalados por sus antecedentes, firmes mimbres que hereda de su familia poética entre los que se encuentran, en primer lugar, Jorge Luis Borges: “Toda poesía es plena confesión de un yo, de un carácter, de una aventura humana”, y George Steiner: “Cada poema es una lucha con la palabra”. También otros autores como Joan Margarit: “La poesía es la última Casa de la Misericordia”; Montaigne: “El mayor arte es ser uno mismo”; Mariano Berigüete, su poeta hermano, quien le acompaña con un hermoso prólogo en el que como colofón afirma que *Acariciar un poema* se propone “rescatar el tono, la tensión, la exactitud; recuperar la palabra como casa en medio de la intemperie”.

Y sí, este “Manifiesto lírico existencial”, tal como titula la primera parte del libro, se ofrece como un refugio para la poesía, un manual para los poetas, un remanso para la palabra que respira en calma lejos del apremio que invade nuestras vidas, del lenguaje acelerado y banal; un libro que nos desafía a hacer una apuesta por la voz serena y responsable. Y creo que vale la pena jugar.

Nuria Claver Cabrero